

No hay partido político que crezca con más rapidez que el socialista. Tampoco hay ninguno que se descomponga en menos espacio de tiempo. Su descomposición está en razón directa de su crecimiento: a más rápido desarrollo, más rápida decadencia. La razón de su crecimiento es obvia: habla a cierta parte del proletariado el lenguaje que ese proletariado ha estado esperando durante mucho tiempo, y las masas, que no entendieron el lenguaje de los abogados, de los dueños de fundo o de los sacristanes, entienden y creen este otro, aunque al final deban reconocer que lo mismo les hubiera valido no creerlo o no entenderlo.

La razón de su descomposición es también obvia: crecido con una celeridad casi fenomenal, no puede pasar desapercibido ante los ojos de ciertos gobiernos: su masa electoral tapa una parte del horizonte político. Y si no por la calidad, por la cantidad, el partido entra a formar parte de las combinaciones que gobiernan tal o cual país, con lo cual, e instantáneamente, entra en descomposición. Olvidada aquella pequeña base revolucionaria que siempre ostenta en su programa, una terrible fiebre burocrática se apodera de sus primeras líneas. Esa fiebre burocrática es el coma del partido.

Vienen en seguida las divisiones. Los desilusionados o los rechazados, los soñadores o los obstinados, los postergados o los ambiciosos, provocan aquí y allá escándalos, pequeñas primero, grandes después. Finalmente, el partido se divide. Las fracciones, como las colas de las lagartijas, continúan viviendo separadamente y llamándose, cada una por su lado, socialista, aunque lo mismo daría que se llamaran budistas o pan-cistas. El Partido Socialista, así, con iniciales mayúsculas, ha muerto, si no en cuerpo, ideológicamente.

Los partidos de base popular son grandes y llegan o llegarán a toda su grandeza solamente cuando exijan todo o nada. De otro modo, R. I. P.